

gará críticas igualmente severas a la política en materia de inversión extranjera en minería durante los primeros decenios del siglo XX.

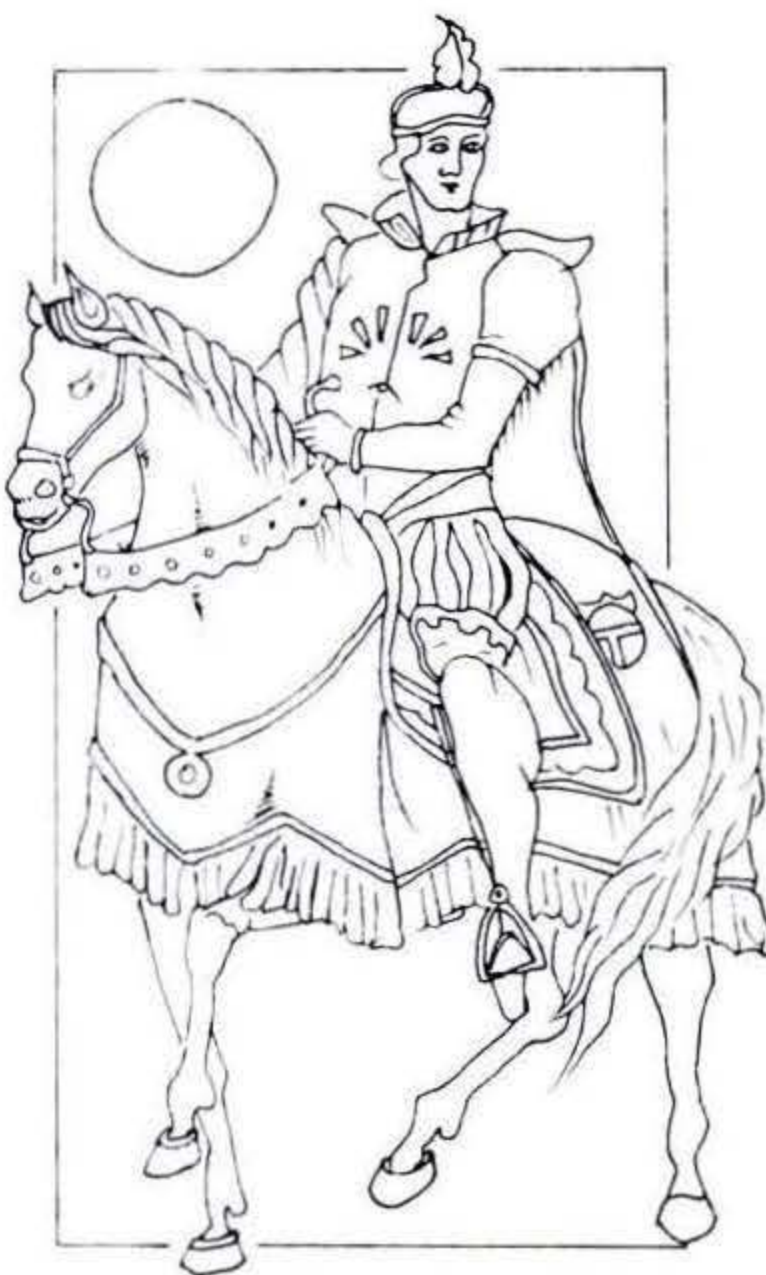
Vale la pena también anotar que Poveda llama la atención sobre el proceso de concentración que se dio en la industria antioqueña durante los años veinte, y que luego se vio acentuada durante la crisis de los años treinta. Muchas de las grandes industrias antioqueñas se formaron por fusiones y absorciones que gradualmente se fueron dando en los primeros decenios del presente siglo. Este fenómeno había sido ya estudiado por Juan José Echavarría, y ahora es refrendado por Poveda. Esta comprobación pone sordina a la leyenda rosa según la cual todo el proceso de formación de la industria antioqueña fue el resultado de un mercado de capitales fluido, transparente y amplio. Hubo algo de eso, desde luego, pero las fusiones y las adquisiciones fueron un proceso muy importante para explicar el crecimiento de ciertas industrias antioqueñas, muy especialmente las textiles.

El trabajo termina con un juicio poco amable por parte de Poveda de lo que fue la política industrial durante el gobierno de López Michelsen: "En agosto de 1974 subió al poder un nuevo Presidente que desde el comienzo de su mandato no hizo secreto de su desvío por la industria como factor esencial del desarrollo de Colombia. El y sus Ministros insistieron en que la industria en Colombia es una actividad artificial, hecha a base de una exagerada protección arancelaria, y en otras tesis análogas, y que a estas alturas de la historia y del conocimiento no es necesario entrar a controvertir. Baste señalar que dichas tesis fueron esgrimidas desde 1840 por un político, don Florentino González, para oponerse a los defensores de la modesta e incipiente industria de entonces y para defender la exclusiva dedicación de la economía colombiana a la agricultura, y eventualmente a la exportación de productos agrícolas para importar todas las manufacturas. Tales tesis, desgraciadamente, tuvieron eco y éxito en el siglo pasado por azares de la política, contribuyeron a dismantelar la nacen-

te industria en Santander y Bogotá, y lograron empujar al país por un declive de empobrecimiento progresivo y de dependencia económica y política hacia el exterior que se prolongó desde 1850 hasta 1905".

Con este cargo, un poco injusto, contra el gobierno de López, puesto que la crisis industrial fue más bien la consecuencia de la severa recesión mundial, el libro termina haciendo una manifestación de fe en lo que pudiéramos llamar un proteccionismo razonado, y con un elogio de la última fase del desarrollo económico de la provincia antioqueña, o sea la fase industrial.

JUAN CAMILO RESTREPO SALAZAR



Un mensaje optimista

Acuerdo o desacuerdo de Cartagena.
Un testimonio sobre el Pacto Andino
Jaime Salazar Montoya
Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1989,
207 págs.

El Acuerdo de Cartagena, que dio nacimiento al comúnmente llamado Pacto Andino, fue suscrito en mayo de 1969. Cinco países: Bolivia, Colom-

bia, Chile, Ecuador y Perú lo integraron inicialmente. En el año 1973 ingresó Venezuela, y tres años después, en 1976, se retiró Chile.

Los primeros años constituyeron un período fructífero, pues se diseñaron los mecanismos que irían a llevar a la práctica los anhelos de sus fundadores, y el comercio intrasubregional creció. Sin embargo, las dificultades no se hicieron esperar, y hacia 1986 se evidenció una crisis, que ha sido persistente desde entonces.

Cuatro reformas ha tenido el tratado constitutivo. La primera, en 1973, que permitió el ingreso de Venezuela. La segunda y la tercera, ocurridas en 1976 y 1978 respectivamente, que revistieron un carácter formal y se limitaron a ampliar los plazos para la aplicación de los mecanismos de la integración. Por último, la cuarta reforma, que se discutió en cinco largos años, culminó con la firma del llamado Protocolo de Quito.

Sobre este último período versa el trabajo de Jaime Salazar Montoya. Hombre práctico, de empresa, ajeno a las veleidades burocráticas y a los cargos oficiales, impulsor de ideas, de lenguaje directo y llano. Así como es él, así es su libro. Ha procurado despojarlo de tecnicismos y términos que nada le dicen al lector común. Es la crónica, agradablemente contada, de lo sucedido en el interior del órgano ejecutivo del Grupo Andino, que es la junta del Acuerdo de Cartagena, durante los años 1985 a 1988. No tiene pretensiones académicas ni es un trabajo que sirva para exponer, en forma didáctica, en qué consiste el sistema complejo de nuestra integración subregional. Es un testimonio que aclara muchas cosas; por ejemplo, la relación que existe entre las largas y pesadas negociaciones donde no se avanza nada y la falta de voluntad política de los gobiernos, para dar pasos adelante en la integración. Los discursos floridos, la retórica diplomática y las actuaciones de los representantes y negociadores de los gobiernos. Las generosas promesas y los reiterados incumplimientos de los compromisos adquiridos.

El título de la obra encierra el dilema del Pacto. ¿Es un acuerdo lo que tenemos, o un desacuerdo? Por-

que los países se han esforzado más en hacer resaltar lo que los desune, que en dedicarse a reforzar lo que los une. Eso se aprecia en la descripción que el autor hace de todas las reuniones de la comisión (órgano decisorio del acuerdo), de los ministros, cancilleres y presidentes. Es interesante mirar hacia atrás para darse cuenta de que se ha perdido mucho tiempo en negociaciones sin sentido, pues a éstas no las inspiraba el deseo de concertar, sino el ánimo de dilatar el proceso y generar desgaste y agotamiento. Hacia el futuro la voluntad política, si existe, debe reflejarse en negociaciones más francas y abiertas. Que se vaya al fondo de los problemas y a las causas de los mismos y que no se acoja "la línea de menor compromiso y riesgo", que, según Salazar, fue una conducta que prevaleció en el período que él relata.

Un capítulo interesante y que contiene aportes derivados de la experiencia de haber estado metido en "el barro con los pies descalzos", tal como afirma Manfred Max Neef, citado por el autor en la Presentación, es el relacionado con la marcha de los órganos del acuerdo. La comisión, la junta, el tribunal de justicia, el parlamento, el Fondo Andino de Reservas, la Corporación Andina de Fomento y la Asociación de Empresas Estatales de Telecomunicaciones son objeto de breve análisis y de sugerencias para su mejor funcionamiento. Enfatiza el hecho de que la integración es un sistema de órganos interrelacionados que exigen buscar posiciones comunes y nuevos campos de trabajo.

El mensaje es optimista, y el autor mira el futuro para hacer recomendaciones. Considera que la integración es una alternativa válida; que es la única forma de afirmar la identidad de los pueblos; que el trabajo debe ser más humano; que se deben explorar otros intentos de cooperación; que se le debe imprimir menos sentido comercialista y vincular a todos los agentes y no solamente a los funcionarios de gobierno; que la integración física (al igual que en el período incaico) es necesaria para estrechar el vínculo aglutinante de los países, a través de los caminos y de las comunicaciones;

que deben impulsarse las empresas multinacionales andinas e imprimir mayor dinamismo a la seguridad alimentaria, al aprovechamiento industrial, a la investigación y a los adelantos tecnológicos.

El libro está dirigido a aquellos que deseen conocer intimidades de los últimos años del Grupo Andino. Pero debería ser leído por quienes han tenido algún tipo de protagonismo en dichos años. Ahí se verán en un espejo y podrán reflexionar y hacer una sana autocritica de su actuación, sin importar si en el libro les pisaron los callos o no.

GUSTAVO TOBÓN



Sociología de la educación: avances de una disciplina

Educación y estructura social

Gonzalo Cataño

Plaza & Janés-Asociación Colombiana de Sociología, Bogotá, 1989, 241 págs.

La sociología ha sido pionera en los estudios sobre educación en el país, cuando, a partir de los decenios del cincuenta y del sesenta, procesos de expansión escolar generaron el interés de los organismos del Estado y llevaron a ciertos núcleos intelectuales a iniciar la reflexión sistemática de esta problemática. Gonzalo Cataño, heredero de las corrientes clásicas de la sociología, ha examinado, con sos-

tenido interés, aspectos concernientes a la educación rural y a las relaciones entre educación y clases sociales, al mismo tiempo que ha sido importante difusor de los avances que autores —nacionales y extranjeros— han alcanzado en los diversos campos de la sociología educativa.

El libro que nos ocupa reúne una serie de ensayos que giran en torno a las preocupaciones sociológicas del autor. La primera parte contiene algunos trabajos referidos a educación y estructura social, de los cuales el que versa sobre educación y sociedad rural presenta la mayor solidez; en él se expone la síntesis de una investigación de más largo aliento sobre educación y sociedad rural en el departamento de Boyacá, en donde se expresan los condicionamientos sociales y culturales en que está inmersa la escuela. Apoyado en los planteamientos de Durkheim respecto a las funciones de la enseñanza, el ensayo revela que, ante la precariedad de las instituciones educativas en la región, las labores educativas se refugian en un ritualismo que "termina reemplazando los objetivos mismos de la escuela" y que la limita a actividades en las que sólo prima "el mecanismo de interiorización de los sentimientos patrios y de las nociones de obediencia, sujeción y autoridad". Igualmente, se señala la distancia entre la calidad de la educación rural y la urbana, ya que en la primera no existe rigurosidad en los contenidos y en la diferenciación por grados, lo cual indica que la preocupación estatal por suprimir las desigualdades entre estos dos tipos de educación no logra aún resultados satisfactorios.

Basado en los postulados de Weber sobre las clases sociales y su acceso diferencial a los bienes y servicios de la sociedad, Cataño expone en el siguiente ensayo la dinámica existente entre educación y clase social en Colombia, y sostiene que los procesos de democratización que caracterizan la educación en los últimos decenios han estado acompañados de la estratificación interna del sistema educativo, fenómeno que ha desvirtuado las expectativas de movilidad social de los sectores medios y